

J. SCHEID, *Le collège des Frères Arvales. Étude prosopographique du recrutement (69-304)*, Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1990, XXXII + 493 pp.

En los últimos años han ido surgiendo varios estudios sobre el sacerdocio romano, entre los que destacan, especialmente, los de M. Hoffman-Lewis, *The Official Priests under the Julio-Claudian. A Study of the Nobility from 44 B.C. to 68 A.D.*, Roma, 1955; S. J. Szemler, *The Priest of the Roman Republic*, Bruxelles, 1972; J. Harrison, *The Official Priests of Rome in the Reigns of Trajan and Hadrian*, Chapel Hill, 1974; J. Scheid, *Les prêtres officiels sous les empereurs Julio-Claudiens*, en ANRW II, 16.1 (1978), 610-654, y L. Schumacher, «*Die vier hohen römischen Priesterkollegien unter den Flaviern, den Antoninen und den Severern (69-235 n. Chr.)*», en ANRW II, 16.1 (1978), 655-819.

Sin embargo, un sacerdocio o mejor deberíamos decir una *sodalitas* se ha beneficiado particularmente de la investigación desarrollada recientemente: la de los *fratres arvales*. En efecto, en 1975 J. Scheid publicó en París su obra *Les frères arvales. Recrutement et origine sociales sous les empereurs Julio-Claudiens*. En los años siguientes este mismo estudioso pasó a dirigir las excavaciones que la Escuela Francesa de Arqueología efectúa en La Magliana, es decir, en el antiguo bosque sagrado (*lucus*) de *Dea Dia*, cuyo culto era atendido por los arvales y donde —hace ya muchos años— fueron halladas las actas epigráficas de las sesiones de estos *sodales*.

Los primeros resultados de dichas excavaciones han sido publicados en una monografía: H. Broise-J. Scheid, *Le balneum des frères arvales*, Roma, 1988. En tanto se publica un segundo volumen sobre la topografía y la historia general del lugar Scheid nos dado ha conocer en un tercer estudio los rituales y la liturgia de la cofradía: *Romulus et ses frères. Le collège arvale, un modele du culte public dans la Rome des empereurs*, Roma, 1989.

El presente trabajo —que aparece publicado dentro de una nueva colección dirigida por A. Fraschetti y A. Giardina— debe ser, pues, presentado en relación con estos estudios precedentes. Se trata de una obra en la que Scheid continúa cronológicamente su antigua tesis doctoral, puesto que abarca desde el reinado de Galba hasta el de Gordiano. Consta de dos partes. En la primera («*Les Fastes du collège*») se enumeran reinado a reinado los diferentes *fratres*, cada uno de los cuales recibe una numeración que continúa la de los arvales julio-claudios. El estudio prosopográfico de cada sacerdote comprende los siguientes elementos: fecha (aproximada) del nacimiento y de la muerte; fecha en la que está atestiguada (en las actas epigráficas) su presencia en el colegio; origen geográfico y social; lazos de parentesco y carrera política y religiosa del arval que se considera. Cada uno de estos datos viene apoyado por su correspondiente referencia en las fuentes (epigráficas o literarias) y en la bibliografía moderna. Estudiados cada uno de los nuevos arvales, Scheid pasa a establecer los fastos de la cofradía. Puede advertirse fácilmente, pues, que el interés prosopográfico de esta larga relación de personajes del Alto Imperio trasciende el que pueda suscitar un sacerdocio particular.

La segunda parte («*Etude prosopographique du recrutement*») aborda el análisis prosopográfico del reclutamiento de los arvales en tres capítulos que se corresponden con las tres dinastías del período (Flavia, Antonina, Severa). Finalmente —antes de incorporar los anexos e índices— se exponen las principales conclusiones del trabajo.

El nivel social de los arvales viene determinado por el autor según cuatro criterios que garantizan su objetividad: la proporción de patricios, los consulados, las carreras consulares y el cúmulo de sacerdocios.

Se concluye de este estudio que, salvo en ciertos períodos, el reclutamiento de los arvaes tuvo lugar entre las capas medias del Senado y que tanto ellos como los *septemviri* y *quindecemviri* eran reclutados entre senadores menos brillantes que los pontífices y augures. Ello no autoriza, sin embargo, a emplear expresiones tales como el origen «oscuro» de este sacerdocio o a hablar de la «mediocridad» de los arvaes y de sus funciones sacerdotales. En este sentido, Scheid recuerda la presencia de los arvaes en los *uota* del 3 de enero o en los votos y sacrificios ligados a las dinastías. Por otra parte, si bien es cierto que los rituales de los arvaes tenían lugar en el *lucus* de *Dea Dia*, no es menos cierto que el emperador solía concelebrar con ellos dicha liturgia.

Es más, considera Scheid que es correcto situar a los arvaes postneronianos en su conjunto, en la segunda élite senatorial, detrás de aquellos otros senadores entre los que se reclutaba el pontificado y el augurado, pero que dicha apreciación no es la misma para otros períodos posteriores. Los estudios prosopográficos revelan no un reclutamiento uniformemente dirigido hacia las capas medias del senado, sino una serie de ciclos marcados por «dents de scie» que se traducen en una elevación —si bien pasajera— del nivel de reclutamiento (durante los reinados de Vespasiano, Marco Aurelio y Caracalla) a los que siguen períodos en el curso de los cuales las cooptaciones conciernen a senadores menos brillantes. Scheid considera que también los *septemviri* e incluso los *quindecemviri* quedaron sometidos a idéntico proceso, mientras que los viejos sacerdocios «à pouvoir», es decir, el pontificado y el augurado (aquellos que presidían las festividades públicas, asistían a los cónsules en sus funciones sagradas y eran frecuentemente consultados por los magistrados y el Senado), permanecían resevados a la élite senatorial.

El hecho de que J. Scheid sea, en la actualidad, uno de los mejores conocedores de la religión romana, da mayor credibilidad a un hecho que poco a poco deja de discutirse; el culto público de la época imperial, dice Scheid, no puede considerarse «comme un cadavre en pleine decomposition» y no es menos vivo o esclerotizado, sincero o cínico que cualquier otra religión oficial. La decadencia del reclutamiento de los arvaes no va ligada, en su opinión, al debilitamiento progresivo de la religión pública, ya que su presencia se constata sólo hasta el siglo III, sino a las «fermetures» jalouses de l'aristocratie sacerdotale».

Nuestro autor tiene, en este sentido, un especial empeño en destacar el papel de los arvaes en el culto público, señalando que el estudio de esta cofradía no tiene como principal objeto la descripción de las altas esferas del poder ni aportar nuevos datos sobre la lucha por el poder político, sino, ante todo, el conocimiento del culto público romano en el Alto Imperio.

No cabe duda de que, en efecto, los comentarios epigráficos de la cofradía de los arvaes, magníficamente bien conservados, son de una importancia tal que contribuye a aclarar muchos interrogantes de otros aspectos del culto público romano; esperamos, en este sentido, con impaciencia la nueva edición de dichos comentarios que el propio Scheid nos anuncia. Mientras tanto, contamos con el presente trabajo que supone una notable contribución a la prosopografía romana de los siglos I-III d. C. y constituye un modelo metodológico para futuros estudios sobre otras corporaciones religiosas romanas del Imperio.

Santiago MONTERO
(Universidad Complutense)

J. C. DUMONT, *Servus. Rome et l'esclavage sous la republique* (Collection de l'École Française de Rome, 103), Roma, École Française de Rome, 1987, 834 pp. (ISBN 2-7283-0155-7).

Las preocupaciones por la esclavitud antigua en la historiografía contemporánea han constituido, naturalmente, el resultado de preocupaciones vinculadas a la historia de cada momento. A través de aquéllas, el hombre trata de comprender las relaciones existentes entre su propio presente y el pasado de la humanidad con la intención de conocer los posibles modos en que los hombres entran en contacto entre sí. La llegada de la época contemporánea, con sus transformaciones económicas, sociales y culturales, abrió las puertas a la sensibilidad social y, con ello, a que el tema de la esclavitud se planteara de modo cada vez más penetrante, siempre en conflicto, desde luego, con las resistencias provenientes de las corrientes de pensamiento empeñadas en ocultar las realidades sociales. El último medio siglo ha resultado ser, en este sentido, especialmente fructífero en una investigación no carente de polémica, cuyos representantes son citados en la introducción general del libro de Dumont. Este autor, sin embargo, se presenta como una especie de divinidad justiciera de inspiración bíblica capaz de anular todos los progresos anteriores: «no han hecho progresar», sentencia en la página 777. La verdad es que, más que la de una divinidad justiciera, la imagen que transmite es la del famoso «caballo en una cacharrería». En efecto, el método no puede ser más destructor y negativo. La gran estrategia consiste en descalificar previamente a través de algún adjetivo contundente, aunque luego, si se atreve a entrar en el tema, se ve obligado a establecer una serie de matizaciones. Rehuye los temas de la historiografía soviética porque sería polémica entrar en ello (p. 5): esto es una postura admisible, siempre que no se adopte constantemente un tono polémico contra esa historiografía. Sus ataques a los métodos basados en la elaboración del índice temático de la dependencia, promovidos por el Centro de Historia Antigua de la Universidad de Besançon, se fundamentan en aspectos que, no sólo son susceptibles de corrección, sino que, de hecho, se están elaborando constantemente sobre nuevas experiencias, que se reflejan en las publicaciones constantes y reformadas del índice mismo. Sin embargo, Dumont, al referirse a un ejemplo de aplicación del método, afirma: «Il faut voir là les défauts symptomatiques d'une méthode qui, en ne retenant que quelques éléments lexicaux, donne forcément une image mutilée et fautive du texte qui elle prétend analyser» (p. 14, n. 83). Otras veces el autor se limita a descalificar por simples razones ideológicas, como si hubiera algún condicionamiento ideológico más fuerte que el que marca a quien no reconoce su existencia. A veces, menos descarnadamente, se esconde detrás de un argumento científico: la socorrida falta de pruebas, siempre utilizable para la Antigüedad, donde la precariedad de las mismas siempre ha de enriquecerse con la reflexión ordenada y coherente, si se quiere hacer progresar el conocimiento histórico. Sin duda, la realidad de la esclavitud antigua ha de conocerse por métodos complejos; por ejemplo, intentando establecer un lazo entre la teoría y la práctica antiguas como el que se intenta establecer en la mencionada escuela de Besançon, donde nadie da un «salto» como se interpreta, deformando, por parte de Dumont (p. 676). Un ejemplo muy claro del método empleado por este autor se encuentra en las páginas 728 y siguientes, donde descalifica de modo tajante la interpretación dada al uso de la barbarie por Cicerón como parte de la mentalidad esclavista del mismo, para luego pasar a exponer unos argumentos flojísimos y ambiguos incapaces por sí mismo de descalificar nada. Extrae algunos ejemplos que no responden *exactamente* a aquella concepción, pero que, en cierto modo, le dan solidez,